

co de que não é a atenção a novos autores ou autores recém-descobertos o que altera a “visão do campo.” Quanto ao todo do livro, cabe um comentário no que se refere à forma – uma última revisão poderia eliminar erros do texto, clarificá-lo em alguns pontos, bem como padronizar citações e traduções. De qualquer modo, no entanto, como já transparece nas inúmeras discussões e trocas que sua leitura propicia, repleto de reflexões sagazes, o livro de Renata Mautner Wasserman é provocador. Retomará questões tradicionais sob uma nova luz e incitará debates importantes sobre as escritoras e o devido lugar entre seus pares. Tornar-se-á imprescindível nas salas de aula em vista da escassez de análises hábeis, que a um só tempo possam indroduzir e problematizar a literatura brasileira no contexto *Brazilian Studies* dos Estados Unidos.

Regina R. Félix

University of North Carolina,
Wilmington

Lino Cornejo, Elizabeth; Kristel Best Urday, María Gonzales Chumpitaz, Alejandro Hernández Panaifo. *Oía mentar la hacienda San Agustín*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2007, 210 pp.

La crítica y el debate sobre el testimonio en Latinoamérica se iniciaron en la década del setenta, teniendo su época de apogeo durante los años ochenta y hasta mediados de los noventa. A lo largo de ese periodo podemos diferenciar básicamente dos momentos. El primero se caracteriza por la celebración de una supuesta coherencia del discurso testimonial –tanto a nivel de la relación del gestor con el testor, de la veracidad en la representación, o de la dicotomía oralidad/escritura–, en

este tipo de crítica encontramos a autores como Margaret Randall, Miguel Barnet y John Beverley en sus primeros artículos. El segundo momento –la crítica, con una mirada mucho más aguda, menos entusiasta e incluso escéptica ante aquel ya no tan novedoso artefacto discursivo–, se encargó de visualizar las porosidades, incongruencias y tensiones dentro del discurso testimonial. Se hacen presentes autores como Antonio Vera León, Doris Sommer y Elzbieta Sklodowska, quien precisamente plantea estos dos momentos de la crítica testimonial.

A pesar de que la academia norteamericana cerró el debate –porque supuestamente el testimonio ya no cumplía su función contra-hegemónica después de haber sido asimilado por el canon y por la imposición global del capitalismo tardío–, en Latinoamérica se siguió produciendo discursos testimoniales, aunque es cierto que no al mismo nivel de las primeras décadas posteriores a su aparición. En el caso peruano existe un importante corpus difícil de ignorar, el cual requiere un sistemático análisis por parte de la crítica. Algunos testimonios producidos en la última década son: *Tanteo puntun chaykuna valen / Las cosas valen cuando están en su punto de equilibrio* (testimonio de Ciprian Phuturi Suni, edición de Darío Espinoza, 1997), *Soy Señora. Testimonio de Irene Jara de Marceliano* (edición de Francesca Denegri, IEP, 2000), *Koshi shinanya Ainbo. El testimonio de una mujer shipiba* (Agustina Valera Rojas, edición de Pilar Valenzuela Bismarck, UNMSM, 2005) e incluso puede considerarse el acervo de 16,890 testimonios recogidos por la CVR (Comisión de la Verdad y la Reconciliación, 2001-2003).

Oía mentar la hacienda San Agustín viene a sumarse, no sólo a esta reciente producción, sino, a una basta tradición testimonial generada

en el Perú desde la década del 70. El libro fue gestado por un grupo de estudiantes de Literatura de la Universidad de San Marcos, que se constituyó por iniciativa del profesor Manuel Larrú en el año 2001. El trabajo realizado por este grupo obtuvo el prestigioso premio internacional de Memoria Oral Andrés Bello 2006. La hacienda San Agustín se encuentra en el Callao, detrás del aeropuerto Internacional Jorge Chávez de Lima. A espaldas, pues, de la modernidad. Siendo ante todo una comunidad que se dedica a la actividad agrícola, en su interior conviven pobladores de origen costeño, andino, afro-peruano, selvático, brasileño y japones. Ellos sólo tienen título de posesión porque la propiedad se encuentra en disputa legal. A esto se suma el hecho que el mencionado terreno será expropiado por el Estado para construir la segunda pista del aeropuerto.

El libro consta de cinco capítulos ordenados temática y cronológicamente, en los cuales no sobresale la figura de un representante de la comunidad, como en el caso de los testimonios representativos de Rigoberta Menchú, Domitila Barrios o el testimonio de Gregorio Condori Mamani. Por el contrario, las narrativas de los testimoniantes son aquí un real coro polifónico donde convergen la voz de los ancianos, que rememoran los orígenes y el resplandor de la hacienda; la de los adultos, que nos hablan de su vida cotidiana dedicada principalmente a la agricultura; la de jóvenes, que ven como única posibilidad de progreso personal el salir de la hacienda; y la de los niños, que con su particular sensibilidad para relacionarse con su entorno juegan a creer los cuentos de aparecidos y duendes. A lo largo del discurso se escurre la presencia y la amenaza del aeropuerto y todo el imaginario metafórico que puede desplazar: los aviones despegan constantemente,

pero no ellos que están postergados por esa modernización que ven arrancar hacia el cielo varias veces al día. Además, está la recurrente figura del desarraigo y la incertidumbre que se puede llegar a experimentar ante la cada vez más inminente expropiación.

En el primero capítulo, "Estamos como los aviones a punto de despegar", oímos las voces de los ancianos. Si bien es cierto que un tono nostálgico y melancólico recorre todas las líneas del libro, este sentimiento está presente sobre todo en la memoria de los que más tiempo han pasado en San Agustín. En ellos está el recuerdo de una época considerada "dorada" y la mitificación de lo que fue la vida en la hacienda a lo largo de las primeras décadas del siglo XX. Ante la incertidumbre sólo queda la rememoración de un "paraíso perdido". La antropología observa que antiguamente las formas en que una nación –o un grupo, o una familia– imaginaba su futuro determinaban tradicionalmente lo que ésta necesitaba recordar del pasado, lo que además daba significado al presente. De esta forma, el futuro se podía vislumbrar como uno de los siguientes tipos: de restauración, progreso o evolución. Ahora esos esquemas de interpretación del pasado han sido descartados, puesto que no se sabe qué forma asumirá el futuro. Justamente en las líneas de este capítulo se deja oír el imaginario de un pueblo que ya no es lo que fue y que tampoco sabe si seguirá siendo lo que es: "La acequia era agua limpia, todo ya ha cambiado con el aeropuerto, el agua era limpia, puquial. Y aquí estamos todavía: ¿hasta cuando será? Vamos a ver. Que nos tiene así, que nos vamos, que nos quedamos." (p. 55).

La vida cotidiana de la hacienda, los conflictos y tensiones entre los diferentes grupos culturales y sociales, las reflexiones acerca de la lle-

gada del aeropuerto, el trabajo comunitario, el cambio en la agricultura y las anécdotas del trabajo en la chacra dan forma al segundo capítulo del libro, "Por el muro del aeropuerto". Como señalan los autores: "Los relatos son breves, pertenecen a varios pobladores y están dispuestos para establecer un diálogo entre sí" (p. 25). Los testimonios de dos mujeres relatan su experiencia en el trabajo diario: "He trabajado en todo, lavando ropa, en la chacra, haciendo limpieza, también en la basura, en la baja policía, pagan bien [...] (p. 112), "yo sé trabajar de todo, yo no tengo complejos [...] Si se trata de barrer barro; si se trata de trabajar en la chacra, he trabajado: lavar, planchar, criar mis hijos" (p.113). De otro lado, se va introduciendo el eje temático del cuarto capítulo, el de los procesos migratorios y lo desconcertante que puede resultar entrar en una semiosfera cultural ajena a la propia, el encuentro con una alteridad que se manifiesta desde la diferente manifestación de lo natural: "En Lima llegué a Pocitos en San Martín de Porras, luego fui a Puente Piedra y compré un terreno, como el cielo era todo nublado pensé que llovería bastante, por eso me decidí a comprarlo. Esperé dos, tres semanas y no llovía. Entonces pregunté: '¿Aquí cada cuánto llueve?'. 'Aquí no llueve nunca', me respondieron".

El siguiente capítulo, "A la espalda de la civilización", corresponde a las narraciones de los jóvenes de San Agustín. Una característica que diferencia este apartado de los demás es que, por instantes, se pasa del interlocutor implícito (el testimonialista) a uno explícito, en este caso representado por otro integrante de la comunidad. Es decir, se da la irrupción del diálogo tal cual, y de esta manera se fortalece el discurso de los testimoniantes con un mayor matiz, desenvolvimiento y naturalidad. Los temas giran alrededor de

su relación con la hacienda, la violencia de la ciudad, lo aislados que se encuentran los pobladores por el mero hecho de vivir en San Agustín, la falta de oportunidades: "yo también tengo planes de irme, de trabajar en otro lado, aquí no hay progreso [...] la hacienda es un pueblo en medio de la ciudad, estamos a la espalda del aeropuerto y a la espalda de la civilización como dice la gente" (p. 144). Uno de los pasajes más interesantes de este capítulo es el de los testimonios de jóvenes mujeres. Ellas hablan de la manera particular que tienen para asumir sus relaciones interculturales y de género. Una ideología cargada de conflictos y tensiones caracteriza el desarrollo discursivo de estas narraciones. Una joven testificante, que prefiere hacerse llamar Claudia para poder hablar, dice: "Yo puedo tener algo con todo tipo de hombres, pero con los morenos, no. Nunca me gustaría tener sexo con una persona de mi color; yo quiero mucho a mi raza, pero de allí a besar a un moreno, la verdad que no, nunca, nunca" (p. 158)

"Tienes que cuidarlo como si fuese un recuerdo", el cuarto capítulo, reúne los relatos de los pobladores que se asentaron en San Agustín cuando aún era una hacienda, pero que han migrado de otro lugar. Sus historias tienen que ver con creencias, costumbres, tradiciones y lugares de origen. Los testimoniantes provienen de una diversidad de lugares, como Iquitos, Huancavelica, Ayacucho o Puno. En todos ellos hay una suerte de culto a la memoria, a la tradición más profunda que se ha asimilado desde temprana edad y que aún se conserva a pesar del proceso migratorio, aunque transculturado. Citamos el relato de un entierro hecho a la manera aymará a pedido de uno de los integrantes más ancianos de una familia proveniente del altiplano: "Nosotros en San

Agustín a mi hermano también le lavamos. No recuerdo quién lavó la ropa, la Lidia creo que lavó la ropa con máquina, ya modernizado. Lo hicimos porque mi mamá todavía estaba con esa costumbre" (p. 182). Estas líneas ejemplifican de manera precisa lo que el historiador francés Jean-Pierre Rioux señala cuando alude a la memoria: que a ésta le corresponde el cuidadoso y constante trabajo de regresar en el tiempo (hacia adentro, hacia lo profundo) para recuperar todo lo que ha quedado atrás –una identidad– producto del paso de los años y de las vicisitudes del destino.

El más particular y entrañable de los capítulos es el quinto, "Mi mamá me enseña a hablar a los aviones", porque son los niños quienes cuentan cómo perciben la vida en la hacienda. Prima un discurso breve, conciso y fragmentario que se caracteriza por ser muy imaginativo, vinculado a lo fantástico y mítico. Estos pequeños testimonios tienen un fuerte componente moral y aleccionador, puesto que se despliega una serie de mitos y creencias que son parte fundamental en la formación integral de los niños, la manera que tendrán de vincularse con la comunidad y la naturaleza. Es indudable el trasfondo didáctico cargado de poesía que tienen estos testimonios, como el mito en el que se remarca el hecho de valorar las cosechas pues de otro modo desaparecerán, o aquellos que advierten sobre las relaciones prohibidas: "Y salen esos *qarqachas*, dicen que son personas, que se vuelven animales porque cuando tú con tu hermano son novios [...] se vuelven *qarqachas*, porque Dios les castiga." (p. 203). Como bien señalan los autores: "Los niños no tienen una gran experiencia de vida que contar, pero sí una percepción por la cual su presente y su breve pasado adquieren un sentido. Los relatos de los niños transmiten el presente de San

Agustín y cómo la identidad de sus pobladores se renueva y adquiere otros referentes y significados" (p. 26)

Alguna vez Hugo Achugar afirmó que el testimonio es un registro de las barbaries realizadas en nombre del progreso. La forma en que la modernización emprendida por el estado peruano ignora a esta comunidad sería exactamente el tipo de progreso al que alude Achugar. Un progreso que galopa ausente de toda intención inclusiva e intercultural. Sin bien el costo de la modernización vinculada a la construcción de una segunda pista de aterrizaje del aeropuerto internacional puede parecer cuantitativamente insignificante, el otro costo, el cultural, visto desde la perspectiva del conjunto de testimonios del volumen reseñado, adquiere una dimensión y una fuerza cualitativa únicas.

Eduardo Huaytan

Universidad Mayor de San Marcos

Elizabeth Monasterios (editora).
No pudieron con nosotras: El desafío del feminismo autónomo de Mujeres Creando. La Paz: Plural Editores / University of Pittsburgh, 2006.

[Un *devenir mujer* de lo político y lo social:] El enjambre de eventos llamado Mujeres Creando, que ya encarna un vivaz aspecto de la inmediata historia boliviana, resiste las usuales denominaciones del vocabulario político y social contemporáneo. Mujeres Creando, gestada a principios de los 90, no es una organización, en primer lugar porque no es "una", al bifurcarse (desde 2002) en dos grupos con el mismo nombre. Tampoco hacen "organización", ya que aglutinan participantes y simpatizantes de manera difusa en torno a actividades diversas sin mayor pro-